Como rehiletes al viento

Yoloxóchitl Casas Chousal

Desde hace algunos días, además del cálido sol que entra por la ventana, me despertaba un insistente golpeteo en la pared. Una noche pensé que se trataba de los vecinos, después creí que era la perra que jugaba con su pelota, pero la tercera vez ya no encontré explicación. Así que esa mañana me armé de valor, me puse la bata, pantuflas y subí al cuarto de los tiliches.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré frente a frente con la sonrisa de mi bicicleta que insistía en zafarse del gancho donde la cuelgo cuando el invierno me congela las rodillas y los abrigos me impiden montarla con destreza.

Rotmi Enciso

Allí estaba, alegre de verme. Le guiñé un ojo y dije:

- Me estabas espiando, ¿verdad? ¿No puedes esperar a que cambiemos al horario de verano para salir a dar largos paseos? No. No te puedes aguantar. Pero aún no es primavera- me quejé mientras me tallaba los ojos como queriéndole hacer entender que, a pesar del sol, allá afuera la temperatura es fría y yo quería seguir otro rato bajo el edredón.

Pero ella de eso no sabe nada. Sólo siguió golpeando la pared con sus pedales mientras su llanta delantera seguía asida al gancho. Con rechinidos gimió un poco y chantajeó más. Me miró con sus grandes ojos de espejo polvoso y dejó salir el aire de la llanta con resignación. No pude ante tanta crueldad; así que la tomé entre mis brazos como a un triciclo desvalido. La sentí vibrar bajo mis manos. La descolgué. La miré y le pasé un trapo húmedo por sus cuadros y rines.

Como pude, me calcé los tenis y me ajusté los pants. Al cruzar la puerta, casi brinco enloquecida escaleras abajo. ambas corrimos a la calle. Restablecido el aire de sus neumáticos, la monté como en los viejos tiempos y rodamos por el asfalto que amenazaba en convertirse en el techo del infierno.

Sentimos el aire azotarse contra nuestra cara. Ella empujó la carrera, algunos muchachos quisieron darnos alcance, pero no nos vieron ni el polvo. Tras varias vueltas alrededor del parque, acabamos dando tumbos entre los setos hasta quedar finalmente tendidas sobre la fresca hierba húmeda.

Mi bicicleta estaba feliz, rejuvenecida. Su esmalte rojo brillaba con los resplandores del sol y sus llantas giraban como rehiletes al viento. Me quedé observándola mientras ella gozaba despatarrada la llegada inminente de la primavera.

Las Américas, marzo de 1997.